

Harry G. Frankfurt



**SOBRE LA  
CHARLATANERÍA  
(ON BULLSHIT)**

**y**

**SOBRE  
LA VERDAD** 

Paidós Contextos

## Índice

Portada

Sobre la charlatanería (On Bullshit)

Dedicatoria

Sobre la verdad

Dedicatoria

Introducción

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

Notas

Créditos

## **Sobre la charlatanería (On Bullshit)**

Sobre la manipulación de la verdad

*Para Joan, con sincero afecto*

Uno de los rasgos más destacados de nuestra cultura es la gran cantidad de *bullshit*[\*] («charlatanería») que se da en ella. Todo el mundo lo sabe. Cada uno de nosotros contribuye con su parte alícuota. Pero tendemos a no darle importancia. La mayoría confía bastante en su capacidad para detectar la charlatanería y evitar verse afectado por ella. Por eso el asunto no ha suscitado nunca demasiada preocupación ni ha sido objeto habitual de investigación.

En consecuencia, no tenemos una idea clara de lo que es la charlatanería, por qué abunda tanto o para qué sirve. Y carecemos de una valoración consciente de lo que la charlatanería significa para nosotros. Dicho de otra manera: carecemos de una teoría de la charlatanería. Propongo que empecemos a elaborar una concepción teórica de la charlatanería, ante todo mediante un análisis filosófico provisional y exploratorio. No voy a estudiar los usos y abusos retóricos de la charlatanería. Lo único que pretendo es dar una definición aproximada de «charlatanería» y explicar en qué se diferencia de lo que no es tal. O bien —dicho de manera algo diferente— exponer, más o menos esquemáticamente, su estructura conceptual.

Cualquier indicación de cuáles sean las condiciones lógicamente necesarias y suficientes para la constitución de la charlatanería está condenada a resultar arbitraria. Por un lado, la expresión *charlatanería* suele emplearse en sentido

muy vago (simplemente, como un término genérico de significado parecido al de «falsedad», con un sentido literal escasamente determinado). Por otro lado, el fenómeno en sí mismo es tan vasto y amorfo que no hay análisis de su concepto, por muy brillante y perspicaz, que no sea reductivo. Y sin embargo debería ser posible decir algo de utilidad, aunque no fuera decisivo. Incluso las preguntas más básicas y preliminares acerca de la charlatanería siguen en definitiva, no sólo sin responderse, sino sin plantearse siquiera.

Por lo que sé, es muy poco lo que se ha trabajado sobre este tema. Yo tampoco me he puesto a estudiar la literatura al respecto, en parte porque no sé por dónde empezar. Para la versión inglesa del término hay desde luego un lugar bastante obvio donde buscar: el *Oxford English Dictionary*. El *OED* tiene un artículo sobre *bullshit* en los volúmenes suplementarios, así como también artículos sobre diversos usos pertinentes de la palabra *bull* («toro») y otros términos conexos. A su debido tiempo examinaré algunos de esos artículos. No he consultado diccionarios en lenguas distintas del inglés. Otra fuente interesante es el ensayo que da título a *The Prevalence of Humbug*, de Max Black.<sup>[1]</sup> No estoy seguro de hasta qué punto el significado de *paparrucha* (*humbug*) está cerca del de *charlatanería* (*bullshit*). Desde luego, ambas palabras no pueden intercambiarse con total libertad; está claro que se usan de modo distinto. Pero la diferencia parece tener que ver más, en general, con cuestiones de registro y otros varios parámetros retóricos que con el significado literal estricto, que es lo que más me interesa. En inglés es menos drástico y menos despectivo decir «¡humbug!» («¡paparruchas!») que decir «¡bullshit!» («¡charlatanerías!»). Por mor de este estudio partiré del supuesto de que no hay ninguna otra diferencia importante entre ambos términos.

Black propone una serie de sinónimos de *humbug*, entre ellos: *balderdash* («disparate»), *claptrap* («faramalla»), *hokum* («chorrada»), *drivel* («fantasmada»), *buncombe* («papatrña»), *imposture* («impostura») y *quackery* («chuminada»). Esta lista de rebuscadas equivalencias no es demasiado útil, la verdad. Pero Black aborda también el problema de determinar la naturaleza de una paparrucha de manera más directa y ofrece la siguiente definición:

PAPARRUCHA: tergiversación engañosa próxima a la mentira, especialmente mediante palabras o acciones pretenciosas, de las ideas, los sentimientos o las actitudes de alguien.[2]

Una formulación muy similar podría utilizarse plausiblemente para exponer las características esenciales de la charlatanería. Como preámbulo al desarrollo de un estudio específico de dichas características, comentaré los diferentes elementos de la definición de Black.

*Tergiversación engañosa*: esto puede parecer pleonástico. Black piensa sin duda que la paparrucha está necesariamente dirigida o destinada a engañar, que la tergiversación no es meramente inconsciente. En otras palabras, que es una tergiversación «deliberada». Ahora bien, si por necesidad conceptual la intención de engañar es un rasgo invariable de la paparrucha, entonces la propiedad de ser paparrucha depende, al menos en parte, del estado mental de quien la enuncia. No puede identificarse, por tanto, con ninguna de las propiedades —inherentes o relacionales— correspondientes simplemente al acto por el cual la paparrucha se enuncia. A este respecto, la propiedad de ser paparrucha es similar a la de ser mentira, que a su vez no se identifica con la falsedad ni con ninguna otra de las propiedades del enunciado que hace el mentiroso, sino que requiere que éste haga su enunciación en un determinado estado mental, a saber, con la intención de engañar.

Otra cuestión diferente es la de si hay otros rasgos esenciales de la paparrucha o de la mentira que no dependan de las intenciones y creencias de la persona responsable de la paparrucha o la mentira, o si, por el contrario, es posible que cualquier locución, sea la que sea, sirva —dado que el hablante se halla en un determinado estado mental— de vehículo de una paparrucha o una mentira. En algunas concepciones de lo que es mentir no se considera que haya mentira mientras no se haga ningún enunciado falso; en otras, uno puede estar mintiendo aunque lo que dice sea verdad, en tanto en cuanto uno crea que es falso y lo diga con la intención de engañar. ¿Qué diremos en el caso de la paparrucha y la charlatanería? ¿Puede una expresión cualquiera considerarse una paparrucha o una charlatanería con tal de que la intención del hablante sea (por así decir) la que corresponde, o debe también la expresión poseer unas características determinadas?

*Próxima a la mentira:* parte de la importancia de decir que la paparrucha está «próxima a la mentira» ha de ser que, aunque posee algunas de las características propias de las mentiras, hay otras de las que carece. Pero eso no puede ser todo. Al fin y al cabo, todo uso del lenguaje sin excepción tiene algunos, pero no todos, los rasgos característicos de las mentiras: si no otro, al menos el de ser simplemente un uso del lenguaje. Sería, con todo, incorrecto describir todo uso del lenguaje como próximo a la mentira. La expresión de Black evoca la noción de algún tipo de continuo en el que la mentira ocupa un cierto segmento, mientras que la paparrucha se encuentra sólo en algún punto anterior de la escala. ¿Qué continuo podría ser ése, a lo largo del cual se encuentra siempre la paparrucha antes de encontrar la mentira? Tanto la mentira como la paparrucha son formas de tergiversación. No salta a simple vista, sin embargo, cómo podría entenderse en cuanto diferencia

de grado la diferencia entre esas varias formas de tergiversación.

*Especialmente mediante palabras o acciones pretenciosas:* dos son los puntos que hay que señalar aquí. Primero, Black establece la paparrucha no sólo como una categoría de discurso, sino también como una categoría de acción; puede consistir en palabras o en actos. Segundo, su uso del adverbio «especialmente» indica que Black no considera el carácter pretencioso como una característica esencial o absolutamente indispensable de la paparrucha. No hay duda de que muchas paparruchas son pretenciosas. Es más, en lo que concierne a la charlatanería, la expresión «charlatanería pretenciosa» es casi una frase trivial. Pero yo me inclino a pensar que cuando la charlatanería es pretenciosa, es así porque la pretensión es su motivación más que un elemento constitutivo de su esencia. El hecho de que alguien actúe de manera pretenciosa no forma parte, a mi modo de ver, de lo que se requiere para que sus expresiones sean charlatanería. Por supuesto, eso es con frecuencia lo que cuenta para que la persona en cuestión se exprese así. Sin embargo, no hay que dar por hecho que la motivación de la charlatanería sea siempre y necesariamente la pretenciosidad.

*Tergiversación [...] de las ideas, los sentimientos o las actitudes de alguien:* el requisito de que quien invente una paparrucha esté esencialmente dando una visión tergiversada de sí mismo plantea algunas cuestiones fundamentales. Para empezar, siempre que alguien tergiversa deliberadamente *cualquier cosa*, ha de estar forzosamente tergiversando su propio estado de ánimo. Es posible, por supuesto, que uno tergiversa solamente eso (por ejemplo, fingiendo que tiene un deseo o un sentimiento que realmente no tiene). Pero supongamos que alguien, contando una mentira o de otro modo cualquiera, tergiversa algo. Entonces

tergiversa necesariamente dos cosas como mínimo. Tergiversa aquello de lo que está hablando —a saber, el estado de cosas que constituye el tema o referencia de su discurso— y, al hacerlo, no puede evitar tergiversar también su propio estado de ánimo. Así, por ejemplo, uno que mienta acerca de la cantidad de dinero que lleva en el bolsillo da una versión de ese hecho y, a la vez, da a entender que él cree esa versión. Si la mentira pasa, su víctima es objeto de un doble engaño al tener una creencia falsa acerca de lo que hay en el bolsillo del mentiroso y otra acerca de lo que pasa por la mente de éste.

Ahora bien, no es probable que Black pretenda que la referencia de la paparrucha sea en todos los casos el estado de ánimo del hablante. Al fin y al cabo, no hay ninguna razón especial para que la paparrucha no pueda versar sobre otras cosas. Probablemente, Black quiere decir que la paparrucha no se inventa primordialmente para inculcar al oyente una falsa creencia acerca del estado de las cosas de que se trata, sino que su intención principal es dar al oyente una falsa impresión de lo que pasa por la mente del hablante. En la medida en que se trate de una paparrucha, la creación de esa impresión es su principal objetivo y lo que le da sentido.

La interpretación de Black con arreglo a estos principios induce a adoptar una hipótesis que explique la caracterización que él hace de la paparrucha como «próxima a la mentira». Si yo le miento a alguien acerca de cuánto dinero tengo, no por ello estoy afirmando explícitamente nada acerca de mis creencias. Por consiguiente, uno puede sostener de manera bastante plausible que, aunque al contar la mentira tergiverso ciertamente lo que pasa por mi mente, esa tergiversación —en cuanto que es distinta de mi tergiversación de lo que llevo en el bolsillo— no es, estrictamente hablando, ninguna mentira, pues yo no me descuelgo propiamente

te con ninguna afirmación acerca de lo que pasa por mi mente. Y tampoco la afirmación que hago —por ejemplo, «Tengo veinte dólares en el bolsillo»— entraña ningún enunciado que me atribuya creencia alguna. Por otro lado, es incuestionable que al afirmar eso proporciono un fundamento razonable para hacer ciertos juicios sobre lo que yo creo. En particular, proporciono un fundamento razonable para suponer que creo tener veinte dólares en el bolsillo. Como esa suposición es, por hipótesis, falsa, al contar la mentira tiendo a engañar a los demás sobre lo que pasa por mi mente, aun cuando no cuento efectivamente ninguna mentira al respecto. A la luz de cuanto antecede, no parece antinatural ni inapropiado considerar que estoy tergiversando mis propias creencias de una forma que resulta «próxima a la mentira».

Es fácil imaginar situaciones conocidas que confirman sin lugar a dudas la concepción que tiene Black de la paparrucha. Pensemos en un orador del 4 de Julio[\*] que pronuncia un pomposo «Nuestro gran país bendito de Dios, cuyos Padres Fundadores, divinamente inspirados, inauguraron una nueva era para la humanidad». Esto es sin duda una paparrucha. Tal como apunta la exposición de Black, el orador no está mintiendo. Estaría haciéndolo sólo si su intención fuera inculcar a su auditorio creencias que él mismo considera falsas en relación con cuestiones como la de si nuestro país es grande, si está bendito por Dios, si los Fundadores estaban divinamente inspirados y si lo que hicieron fue realmente inaugurar una nueva era para la humanidad. Pero al orador no le importa en realidad qué es lo que sus oyentes piensan de los Padres Fundadores ni del papel de la divinidad en la historia de nuestro país, etc. Al menos, no es un interés por lo que cada uno piense de esas cosas lo que motiva sus palabras.

Está claro que lo que convierte en una paparrucha el discurso del 4 de Julio no es básicamente que el orador considere falsas sus afirmaciones. En cambio, tal como indica la exposición de Black, el orador intenta que sus palabras transmitan una determinada impresión de sí mismo. No está tratando de engañar a nadie sobre la historia de los Estados Unidos de América. Lo que le importa es lo que el público piense de él. Quiere que lo consideren un patriota, alguien que alberga ideas y sentimientos profundos acerca de los orígenes y la misión de nuestro país, alguien que aprecia la importancia de la religión, que es sensible a la grandeza de nuestra historia, cuyo orgullo ante esa historia va de la mano de una actitud de humildad ante Dios, etc.

La concepción que tiene Black de la paparrucha parece, pues, encajar bastante bien en ciertos paradigmas. Sin embargo, no creo que capte con suficiente exactitud el carácter esencial de la charlatanería. Es correcto decir que la charlatanería, tal como él dice de la paparrucha, está cerca de la mentira y que los que la sostienen dan en cierto modo una imagen falsa de sí mismos. Pero lo que dice Black de esos dos rasgos no viene, desde luego, al caso. A continuación trataré, basándome en cierto material biográfico relativo a Ludwig Wittgenstein, de hacer una valoración preliminar pero más ajustada de las características fundamentales de la charlatanería.

Wittgenstein dijo en cierta ocasión que el siguiente fragmento de un poema de Longfellow podría servirle a él de lema:[3]

In the elder days of art  
Builders wrought with greatest care  
Each minute and unseen part,  
For the Gods are everywhere.[\*]

El sentido de estos versos es claro. En los viejos tiempos, los artesanos no cortaban por lo sano. Trabajaban con esmero y cuidaban cada aspecto de su trabajo. Tenían en cuenta cada una de las partes del producto y diseñaban y hacían cada una de ellas como era debido. Dichos artesanos no relajaban su concienzuda autodisciplina ni siquiera en detalles de su trabajo que generalmente resultaban invisibles. Aunque nadie fuera a darse cuenta de que esos detalles no estaban bien acabados, los artesanos habrían tenido mala conciencia por ello. De manera que no se barría nada debajo de la alfombra. O, dicho quizá de otra manera, no había lugar para la charlatanería.

Parece adecuado concebir los productos de mala calidad, fruto de un trabajo descuidado, como en cierto modo análogos a la charlatanería. Pero ¿de qué modo exactamente? ¿Acaso se parecen en que la charlatanería siempre es zafia y poco exigente, nunca busca la perfección y en su montaje jamás se presta una atención meticulosa a los detalles a los que alude Longfellow? ¿Es el charlatán (*bullshitter*), por su propia naturaleza, una persona zafia? Su producto, ¿por fuerza ha de ser desaliñado o basto? La palabra *shit* («mierda») en el equivalente inglés *bullshit* indica sin duda eso. Un excremento no es objeto de diseño ni trabajo sistemático; simplemente, se deja salir o se echa. Puede que tenga una forma más o menos coherente o puede que no, pero lo que es seguro es que en ningún caso ha sido «trabajado».

La noción de una charlatanería cuidadosamente elaborada encierra, pues, una cierta tensión interna. La atenta consideración de los detalles exige disciplina y objetividad. Implica aceptar las normas y limitaciones que proscriben dejarse llevar por el impulso o el antojo. Es precisamente esa actitud no egocéntrica lo que, en conexión con la charlatanería, resulta incongruente. Pero en realidad esa actitud

no queda excluida por completo. Los campos de la publicidad y las relaciones públicas, así como el de la política, hoy día estrechamente relacionado con los anteriores, están repletos de ejemplos de charlatanería tan descarados que pueden servir como algunos de los paradigmas más clásicos e indiscutibles del concepto de charlatanería. Y en esos campos hay artesanos extremadamente diestros que —con ayuda de avanzadas y exigentes técnicas de estudios de mercados, encuestas de opinión, tests psicológicos, etc.— se dedican sin descanso a lograr que cada una de las palabras e imágenes que producen sea absolutamente correcta.

Pero aún queda algo por decir al respecto. Por muy atenta y conscientemente que proceda el charlatán, sigue siendo verdad que trata de librarse de algo. Hay sin duda en su actuación, como en la del artesano desaliñado, cierta forma de laxitud que resiste o elude las exigencias de una disciplina desinteresada y austera. La forma pertinente de laxitud no puede equipararse, es evidente, al simple descuido o falta de atención a los detalles. A su debido tiempo trataré de ubicarla con más exactitud.

Wittgenstein dedicó en gran parte sus energías filosóficas a identificar y combatir lo que consideraba formas insidiosamente disolventes de «sinsentido». Según parece, él era también así en su vida personal. Esto puede verse en una anécdota relacionada con Fania Pascal, que lo conoció en Cambridge en la década de 1930:

Me acababan de extirpar las amígdalas y me hallaba en el Evelyn Nursing Home con el ánimo por los suelos. Entonces llamó Wittgenstein. Yo gruñí: «Estoy como un perro al que acaban de atropellar». Él respondió con fastidio: «Tú no tienes ni idea de cómo se siente un perro atropellado».[4]

¿Quién sabe lo que ocurrió realmente? Parece muy raro, casi increíble, que alguien pudiera objetar seriamente a lo que Pascal cuenta que dijo. La verdad es que esa caracterización de su estado de ánimo —tan candorosamente próxima al vulgar tópico «sentirse como un perro»— no resulta lo bastante provocativa como para suscitar una reacción tan viva o tan intensa como el fastidio. Claro que, si el símil de Pascal es ofensivo, ¿qué usos figurativos o alusivos del lenguaje no lo serán?

De manera que quizá la cosa no ocurrió realmente como dice Pascal. Quizá Wittgenstein trataba de hacer una pequeña broma y se le fue la mano. Sólo pretendía regañar a Pascal en broma haciendo una pequeña hipérbole, y ella interpretó mal el tono y la intención. Pensó que su observación molestaba a Wittgenstein cuando en realidad éste sólo trataba de animarla fingiendo un exagerado reproche o tomándole el pelo. En ese caso, el incidente no es en absoluto increíble ni raro.

Pero si Pascal no se dio cuenta de que Wittgenstein estaba sólo haciendo guasa, quizá la posibilidad de que hablara en serio no quedaba finalmente descartada. Ella lo conocía y sabía lo que se podía esperar de él; sabía cómo la hacía sentirse. La manera en que entendió o malentendió la observación de Wittgenstein probablemente no resultaba, pues, demasiado discordante con la percepción que ella tenía de la forma de ser de él. Podemos suponer con bastante aproximación que, aun cuando su narración del incidente no se atenga plenamente a los hechos en cuanto a la intención de Wittgenstein, se aviene lo bastante con su idea de Wittgenstein como para tener sentido para ella. A los efectos del presente análisis aceptaré la información de Pascal al pie de la letra, suponiendo que cuando se trataba de recurrir al uso del lenguaje alusivo o figurado, Wittgenstein era realmente tan ridículo como ella lo presenta.